
Recuerdo mi-

RECUERDOS DE DESTIERRO.

I.

RETÉN DE MADRUGADA.

24 de Agosto de 1883.

Es muy de mañana en Anam, en una bahía de costa. Nuestro barco está fondeado mar adentro. Estoy de retén, y el servicio me llama á ir en comisión á un pueblecillo que debe encontrarse situado por allí cerca y que se llama Tuzane.

Se trata de coger al jefe mandarín y de traerle á bordo á que haga su visita de sumisión, á fin de que puedan establecerse relaciones de amistad entre nosotros y esta provincia, de cuya custodia nos han encargado.

La bahía es grande y hermosa. Está rodeada de

altas montañas sombrías, excepto por el fondo, donde no hay más que una faja completamente plana, como el trozo de un paisaje diferente que se hubiera colocado allí, á falta de otra cosa, para rematar de alguna manera.

Y según parece es en el fondo aquél, en aquella llanura, donde hemos de encontrar á Tuzane, á la orilla de un río, cuya entrada no vemos siquiera.

Seis gavieros, cuya elección se me ha concedido, son los que me acompañan en esta empresa. Verdaderos marinos, de buena raza, y además bien armados: lo suficiente para imponerse á toda una ciudad de Asia.

Comienza á amanecer, y partimos en ballenera.

Ninguno de nosotros ha visto nunca á Tuzane, y no deja de tener gracia el ir así, de madrugada y recién levantados, á imponer la ley á aquel rincón desconocido.

Las cimas de las montañas han enganchado algunas nubes que forman cúpulas sombrías; pesadas masas de obscuridad están amontonadas encima de nuestras cabezas.

Al contrario, en la llanura, por encima de aquella faja de tierras bajas á donde nos encaminamos, se admira el vacío luminoso y profundo del cielo. También hay una cosa extraña que se dibuja como una silueta; es la «Montaña de mármol», que no se parece á ninguna otra; su forma es especial y se eleva á lo lejos, sola en la llanura. Muy intensa en su color, hace, en medio de aquellas arenas, el efecto de cosa anormal: ruina, demasiado grande; montaña, excesivamente rara. No se puede saber á cuál de ambas cosas compararla. Ella es el punto que excita la atención, la nota extraordinaria, la extravagancia del paisaje. Al cabo de una hora de marcha, la tierra se ha acercado mucho, como es natural. Deja ver detalles que á primera vista parecen insignificantes; una serie de dunas bajas, regulares, con árboles como los nuestros. Ahora se distingue el sitio por donde se abre el río, una hondonada entre dos cabos areniscos, con una casita á la entrada.

El paisaje se va pareciendo á las costas bajas del golfo de Gascuña, de la Saintonge, por ejemplo, y á cierta distancia podría creerse que se

iba á llegar á algún puentecillo de Francia. De cuando en cuando agrada forjarse una ilusión semejante, cuando se presenta ocasión para ello.

Pero la casa de que hablábamos hace un momento se va haciendo estrambótica, gesticulante; su tejado de líneas curvas se eriza con toda suerte de cosas diabólicas; tiene cuernos, garras, y en medio la gran flor de loto de las pagodas..... ¡Ah!..... ¡Es Buddha!..... ¡Es la extrema Asia!..... Entonces la noción de la ausencia y de la enorme distancia vuelve á nosotros de pronto, á nosotros, que la habíamos perdido.

Alrededor de la vieja pagoda silenciosa levantan por todas partes sus espinas los aloes gigantes, como plantas malignas. Hay pebeteros colocados acá y allá en banquillos caducos, que son altares búddhicos. Una tapia está colocada delante como una pantalla, al borde del agua, para cubrir el camino del santuario; figura en ella el bajo relieve policromo de un animal de los que se ven en sueños, retorcido, lleno de garras, mostrándonos las uñas en una contorsión feroz; en el friso un murciélago horrible aplica sus alas de

piedra y nos saca una lengua pintada de rojo. En el suelo, una tortuga de loza levanta su cabeza y nos mira; y así van apareciendo ante nosotros otros monstruos pequeños, inmóviles, en postura de acecho, recogidos sobre sí, como si fuesen á saltar. Todo aquel mundo es viejo, está carcomido por el tiempo y por el polvo, pero su actitud es viva y su expresión maléfica, como si nos dijeran: «Somos espíritus que guardamos hace ya mucho la entrada de este río, y hacemos mal de ojo á los que pasan.....»

No hay para qué decir que, á pesar de eso, nosotros pasamos. Por lo demás, no hay nadie en ninguna parte. Un gran silencio, una atmósfera de abandono.

He aquí un montón de cañones (cañones franceses de 30, fáciles de reconocer, de aquellos, sin duda, que los Tratados de 1874 cedieron al rey de Tu-Duc). Allí están, tirados, inutilizados en la arena, bajo techumbres de paja. Hay también un montón de áncoras y de cadenas de hierro, pareciendo indicarnos una especie de intención de impedirnos el paso del río.

Un gran fuerte con fosos se ve después: sus cimientos están invadidos por las hierbas, ananas silvestres, cactus. En el extremo de un palo un monstruo de madera dorada lleva en la boca el pabellón de Anam, que pende sin flotar en el aire inerte y cálido. El sol, que apenas acaba de salir, ya quema.

Nadie, no se ve á nadie. Sin duda es muy de mañana y la gente está aún durmiendo.

Sin embargo, sí, ¡hay un centinela que vigila! Uno de mis marineros es quien, mirando al aire, distingue este hombre sobre nuestras cabezas, en una especie de mirador montado sobre cuatro pies de madera, como esas garitas de vigilantes que se ven en las estepas cosacas. Está agachado allí en su pequeña casilla al lado de un tam-tam enorme. Lleno de harapos; parece una vieja con su traje y su moño.

Nos mira pasar conservando la inmovilidad de un bonzo, volviendo los ojos, pero sin mover la cabeza.

El río se abre delante de nosotros bastante derecho, bastante ancho. Algunos champanes de alta

proa, de largas entenas, están amarrados á las dos orillas, y un poco en lontananza aparece Tuzane: casas con tejado de teja ó cubierta de paja, desparramadas al azar entre los árboles; enseñas chinescas en el cabo de los ástiles, grupos de bambris, miradores, pagodas. Todo aquello nos parece pequeño y miserable; es verdad que se prolonga mucho por el verde del fondo; pero, sin embargo, esperábamos una ciudad más grande.

Una persona desde la orilla nos hace señas con la mano, invitándonos á ir.

¿Quién nos llama con aquellos graciosos gestos de abanico? ¿Un hombre ó una mujer? En aquel país nunca puede distinguirse esto: gastan el mismo traje, el mismo moño, la misma fealdad.

Pero, ah, es el *señor Hoé*, personaje del género ambiguo, que está llamado á desempeñar más adelante un importante papel en nuestras relaciones diplomáticas con Tuzane: una sotana de cura, una cara de mono, el nudo del moño muy alto y con un pañuelo encima como un viejo cuando se va á acostar. Hace *tchintchinn* y la reverencia y dice: «Buenos días, señores», en francés, y como

ofreciéndose para servir de guía. Entonces lanzo mi barco á la arena y tocamos la orilla.

«Señor, el señor Hoé, antiguo alumno del Colegio de Adran, intérprete de S. M. Tu Duc», tales son los títulos que declina, después de siete nuevas reverencias (una para cada uno de nosotros). Nos tiende su mano de granujilla, llena de verrugas, con uñas de letrado chino que no se acaban nunca, y hele aquí sentado á mi lado.

El mandarín, á lo que parece, vive allá abajo: así es que seguimos nuestro camino por el río.

Hay sobre la arena que vamos bordeando guirnaldas de grandes árboles, rosas y tapices de esas flores de estufa, también de color de rosa, que llamamos en Francia *hierba doncella del Cabo*.

Los follajes tienen por todos lados esos matices claros brillantes que les gusta pintar á los chinos. Daturas, cactus, arbustos algo achaparrados, pero de una extremada frescura; cocoteros, plantados acá y allá como plumeros verdes; bambús delgados, pero más altos que árboles, conservando su delicadeza de gramíneas, inclinándose y cayendo con la misma ligereza que la avena loca.

En medio de aquella vegetación, muy bella al fin y al cabo, las casas parecen más sórdidas, los hombres más feos; unos hombres con moño y sotana que comienzan á mostrarse, á correr, para vernos.

Las cercanías de Tuzane se van animando. Horribles perros flacos gruñen detrás de nosotros. Puercos negros de aspecto muy despierto, se escapan á todo correr perseguidos por un rebaño de bueyes muy pequeños, rojos, jorobados como bisontes. Búfalos enormes con figuras de hipopótamos se ven entre las hierbas altas, bajando al ras del suelo los húmedos hocicos, los cuernos formidables, y nos olfatean y mujen, aplomados y prontos á embestirnos.

Ahora llegamos á una especie de arrabal; un conjunto de chozas de paja al borde de la orilla.

Señoras amarillas, de gran fealdad, salen y se adelantan hacia nosotros, mojóndose los piés para vernos mejor. Están en traje de mañana y trenzan sus soberbias cabelleras negras, ásperas como colas de caballos, y afectan anudarlas ante nuestra vista en moños descuidados. Están mascando ho-

jas de betel y nueces de arek, y nos enseñan, bostezando con estudio, sus dentaduras de un negro de ébano (color que está de moda en Anam para la dentadura de personas elegantes, y que se obtiene por la aplicación artificial de una capa de laca).

Sin duda son las *vengadoras* de Tuzane..... Aquellas manchas en la cara, aquellas sonrisas llamativas, nos lo hacen sospechar desde luego, porque en todos los países son lo mismo.

El señor Hoé, preguntado, inmediatamente responde, bajando los ojos, que, en efecto, aquel es el barrio. Las designa gravemente con una palabra que era familiar á Brantónie, pero que en su boca era inesperada y hace reír á los marinos. É insiste en la afirmación, con la vista baja y púdica: «Sí, señor, en verdad lo son; sí, señor, realmente lo son.»

Entretanto, 312, gavierno de mesana, tuteándolas á todas á un tiempo en un exceso de familiaridad, expresa así su impresión, en sordina, y entre sus dientes que son muy blancos:

—¡Con que hacéis gracias, so micas, con que os hacéis las interesantes! ¡Si yo fuera un macaco,

entonces sí; no digo que no!..... ¡Pero, como no lo soy, so micas, no hay de qué!

Entre aquellos arbustos tan verdes de la orilla, hay unos que producen ramos de flores blancas, de un blanco de marfil, de un aspecto lácteo de tuberosa; los otros están cubiertos de ramilletes rojos, color de llama ardiente, con pistilos muy largos formando haces, parecidos á cohetes chinos que estallan aquí y allá entre el verde.

Hay mariposas muy grandes, moscas extraordinarias que se pasean por aquellas flores; muchas mariposas negras, volando de través, en sobresaltos fantásticos, como si no les fuere dado dirigir sus alas, demasiado pesadas, que parecen ser de terciopelo.

Y aquel país huele á almizcle como toda la extrema Asia. A medida que se va penetrando en el interior se hace aún más fuerte aquel almizclado olor con todas las exhalaciones de plantas y de estiércoles humanos caldeados al sol tórrido.

Pasamos rápidamente por delante de los champanes de empinada proa. Cada uno tiene dos ojos pintados, y su parte anterior imita la cabeza

de un pescado. Toda la población de los pescadores está allá, guisando á bordo en hornillos de barro unos guisotes que apestan á arroz y á mariscos. Niños desnudos, amarillos de pies á cabeza, de cabellos largos, pululan en todas partes en aquellas barcas, colgándose en los remos, en las vergas, tomando actitudes desembarazadas, hostiles, para vernos pasar; los hay pequeñuelos; recién nacidos, que se presentan con los puños en las caderas, el estómago saliente, graciosísimos en su provocativo ademán.

El señor Hoé tiene la bondad de indicarnos una de las rarezas de la comarca que pace en la orilla derecha: un caballo. Éste es el blanco; según parece, existe otro que es negro (en Tuzane no se viaja más que en palanquín).

—Gracias, señor Hoé, pero ya hemos tenido ocasión de encontrar en otras partes animales de este género.

Las primeras casas de Tuzane pasan ante nuestra vista; la mayoría son cabañas de bambú, muy pequeñas, con tres fachadas nada más como los puestos de feria; de noche se cierran con bastido-

res móviles de roten; pero de día se ve todo lo que se hace dentro de ellas. En aquel momento la gente está ocupada en tomar con sus dientes teñidos de negro su primera comida de la mañana; siempre arroz y pescado en tazas de porcelana, en las cuales hay pintados diablillos azules.

Todos, al vernos, dejan de comer, nos miran con gestos de curiosidad é inquietud.

Nosotros vamos ahora muy despacio, porque nos divierte también á nosotros examinar toda aquella gente.

En el sendero que se desarrolla á lo largo de la orilla se ven ya algunos transeuntes. Todos llevan sotana estrecha, pero los colores varían; al lado del gris sucio, que es el color de los pobres, hay el violeta, el capuchino, el verde manzana, que parecen estar de moda para las personas de alto bordo. Los sombreros, que son de paja, exceden á todas las proporciones conocidas; los de las mujeres son chatos, con alas, como enormes pandere-tas; los de los hombres son cónicos y puntiagu-dos como gigantescas pantallas. A lo largo del río toda aquella gente, pisoteando las hierbas don-

cellas, marcha y marcha pensando en sus negocios y mostrando la inconsciencia de su ridiculez. Y en un punto dado todos se embarcan en balsas que les llevan á la otra orilla.

Volvemos á ver pasar pagodas y más pagodas, viejas diminutas, con sus feos adornos diabólicos carcomidos de vejez y de polvo.

Y luego, en un punto en que la orilla, algo más elevada, forma un talud verde, el señor Hoé nos detiene delante de un estrecho sendero que sube; entonces amarramos contra un barco chino nuestra blanca barquilla y saltamos á la arena.

En tierra se siente de pronto una impresión de calor más pesado; los bambús ligeros causan una sombra tamizada, temblorosa, de transparente chino, sombra caliente que no refresca ni consueta. Subimos algunos peldaños de piedra, y el pórtico del mandarín aparece ante nosotros; tiene pilones de estilo indio y está coronado por un mirador en que se ve una garita de vigía y un tam-tam.

Parece que todo el mundo está durmiendo en aquella morada, por más que el sol matutino, ya ardiente, todo lo inunda con su ardor implacable.

Henos aquí solos en un jardincillo ya viejo y extraño también. El adorno del centro es una de esas paredes cuadradas que están de moda en Anam, un bajo relieve muy antiguo, derecho sobre un pilar; representando ciervas jaspeadas y otros animales fantásticos, formados con placa de loza, complaciéndose debajo de árboles chinos cuyo follaje consiste en mosaicos de caracoles verdes. Senderos en miniatura se cruzan enlazándose. Hay flores frescas, hierbas doncellas del Cabo, abiertas en la arena, granados dobles, rosales de Bengala, que producen flores microscópicas manchadas de rojo sombrío. Se siente una pesadez producida por el silencio y el sol, viéndose sólo unas torpes mariposas negras que vuelan; mientras que en el fondo del jardín la casa sigue enteramente cerrada.

El señor Hoé llama, parlamenta y grita con su voz de mono. Entonces unos criados sórdidos, que parecen tener miedo, se apresuran á retirar todos los biombos de la fachada, y entramos en la casa, abierta ahora como un cobertizo profundo donde no hay nadie y donde todo está á media luz.

Pasamos revista al lugar mientras despiertan al mandarín. Cosas inmovilizadas desde no sé qué época lejana, objetos de ceremonia y de aparato, espantamoscas, quitasoles oficiales y palanquines colgados del obscuro techo entre polvo y telarañas. En un recodo que cubre un biombo, hay todo lo que hace falta para administrar justicia al pueblo de Tuzane; balanzas, taras, cepos, tenazas de madera dura para comprimir las piernas, aparatos para evocar los espíritus, rotens para castigar.

En medio de la habitación la mesa de honor al lado de la cual nos sentamos todos en bancos antiguos tallados, esperando siempre á aquel mandarín que no acaba de llegar.

Entra al cabo por una puerta del fondo, muy tembloroso y muy viejo, vestido con un traje de crespón azul de anchas mangas. Su cara es bella á pesar del achatamiento asiático de sus facciones. Sus cabellos parecen empolvados con nieve, y su barbilla áspera, cortada á estilo mongol, sale como un mechón de crines blancas de una máscara amarilla.

Se inclina mucho con ceremonioso *tchintchinn* antes de tomar mi mano, que le tiendo en señal de paz, y que él aprieta con un asombro medroso. Y luego, dando la vuelta á la mesa donde mis marinos están sentados conmigo, les da á todos apretones de manos que tropiezan con sus uñas largas en los pliegues de sus mangas pagodas. Después me mira, esperando lo que he de decirle.

La gran casa obscura se llena poco á poco de gente que entra sin hacer ruido y permanecen en pie para escuchar; muchos viejos, curtidos como momias (bajo vestidos miserables), de cabezas cuadradas, caras de hunos. Un grupo de chinos, con ademán cauteloso, se cuela hasta la primera fila, hasta nosotros. Se les conoce por su tez más pálida, su aspecto más afeminado, su larga coleta y la hermosa seda de su vestido. Por lo demás, muy mala gente, elemento de sedición en Anam.

Detrás de todas estas caras de Asia se distinguen, cada vez más claramente, en el fondo las cosas caducas y extrañas colgadas por todas partes, los tam-tam, los trajes hechos jirones, los palanquines en otro tiempo suntuosos, coronados

con monstruos de oro, roídos por el polvo. Y mis marineros, siempre sentados con un abandono de conquista, parecen más vivos, más anchos y más desenvueltos en medio de aquellos viejos muñecos de un mundo muerto.

Se produce un gran silencio cuando refiero la batalla de Thuan-an, nuestra victoria y nuestros tratados con el rey de Hué. El intérprete traduce despacio mis palabras; no se oye á nuestro alrededor más que el ligero movimiento de los abanicos y de los espantamoscas. Sin embargo, no se revela señal alguna de emoción en aquellos rostros atentos; por lo visto, tienen noticia de su derrota, que habrán recibido sin duda por los correos del rey. Tan sólo cambian señas, se guiñan los ojos, mueven sus chatas narices, como diciendo entre ellos: «Eso es; eso es lo que nos habían dicho; eso es lo que sabemos; su relación es, en verdad, muy verídica.»

Al fin, cuando llego al objeto de mi visita, el viejo mandarín comienza á atemorizarse de nuevo. ¡Ir á bordo de un buque francés!..... Esta idea le asusta.

Al principio discute un poco y luego suplica:

Irá á bordo, puesto que es necesario; pero no sólo con nosotros, en nuestra barca blanca, conducido como un cautivo. ¡Ah! no, esto sería lo que más le asustaría, lo que más le mortificaría. Para su seguridad y luego por decoro, por solemnidad, por conveniencia, preferiría, tales son sus palabras, ir una hora después que yo, en su propia embarcación con su séquito y sus quitasoles.

Respetando sus canas y su aspecto de sinceridad, acepto esta combinación y quedamos muy amigos. Entonces los concurrentes que no tienen ya nada que escuchar se retiran, hablando bajo y haciendo *tchintchinnes* y reverencias.

Entretanto nos han preparado un exquisito té que tenemos que beber antes de marchar. El mandarín nos lo sirve él mismo en tacitas de porcelana azul, que sigue llenando á medida que se van bebiendo. La bandeja cubierta de maravillosas incrustaciones de nacar representando mariposas é insectos, la tetera china y antigua, la candileja de cobre, son ciertamente ejemplares dignos de figurar en un museo; mas, para agitar el té, no dispo-